

El Dr.

Ernesto E. Padilla⁽¹⁾

por

TELÉSFORO SOSA, S. J.

EN devota condolencia, tres amores nos han congregado aquí: el amor a Dios y a su Iglesia, objetos eternos de nuestra Santa Fe; el amor al prójimo particularizado en nuestro noble y llorado Amigo y el amor a la Patria de la que él fué servidor esclarecido. Nos hemos detenido un momento, en el itinerario cotidiano de nuestra vida, para hacer justicia de merecida alabanza a los valores morales que hicieron preclara una existencia humana; para aprender civismo en la contemplación de un ciudadano de tradicional ciudadanía y genuino señorío; para orar "in fide forti et spe certissima", con fe fuerte y esperanza infalible, por nuestro amigo y maestro, y, también, para imitar las elocuentes lecciones de su virtuosa vida.

La Biblia Antigua hizo el elocuente panegírico del Conductor del Pueblo de Dios: *Dilectus Deo et hominibus, Moyses, cujus memoria in benedictione est* (Ecclesiástico XLV, 1) Fué un varón amado de Dios y de los hombres y su memoria será bendecida por siempre En su sabia Providencia, Dios Nuestro Señor vela para que, en las patrias y sociedades, no falten hijos suyos merecedores también de tan preciado encomio. Los depara para corrección de las inteligencias contagiadas por el error, para remordimiento saludable de las voluntades dañadas por el mal y para criterio reformador de las conductas extrañadas ; Feliz la urbe cuya ciudadanía puede preciarse de be-

(1) Oración fúnebre pronunciada en la Basílica del Socorro, el día 9 de agosto de 1952.

neficio tanto !; Cien veces bendecido el hogar cuya tierra santa florece con tan noble vástago ! ; Dichosos aquéllos, cuya vida de amistad y afecto puede honrarse con la compañía de tal varón !...

Quiero decir: Nuestra Patria y, en ella, por motivo singular, la muy esclarecida Ciudad de San Miguel de Tucumán, ha tenido el carisma de ser cuna de una familia rica en abo-
lengo de Fe Cristiana y estirpe de sangre y que daría a la Patria grande y católica un ciudadano cabal que, en toda página de su historia, puede y debe ser propuesto como una de las glorias más puras de la argentinidad y como dechado para la ciudadanía. La ciudad natal del doctor Ernesto E. Padilla, los suyos por consanguinidad y afinidad y nosotros, sus amigos y admiradores, agradecemos a la amable Providencia el privilegio de haber estado vinculados, más o menos cercanamente, a su existencia.

En su sabiduría infinita, Dios lo ha dispuesto así: Toda persona, día a día, hora tras hora, escribe indeleblemente su biografía. Es dolor de la Historia el no poder abrir indistintamente las autobiografías de todos los que actuaron en su escenario y ya partieron para siempre. Contrariamente, ella, la "Magistra vitae", se alegra de que, a las veces, puede enseñar con la vida de algunos de sus hombres. Uno de ellos es el Dr. Ernesto E. Padilla.

Hoy, al evocar su memoria, con el recuerdo y la oración, leamos, para perfeccionamiento nuestro, algunas páginas de su vida. Son capítulos singulamente luminosos los de: *Su Inteligencia*; *Su Corazón*; *Su Palabra*; *Su Obra Multiforme*; *Rumi Huasi* y *El Caballero Cristiano*.

¡Don precioso el de la inteligencia!... Es punto de tangencia nuestro con la Divinidad y con la naturaleza angélica. Es la directriz de la unidad personal y característica de la persona humana. Como la gemma, lapidada en múltiples diedros, descompone la luz blanca en los colores del espectro y nos deleita con su iris, así brilló la luz de la Verdad a través de la poderosa inteligencia del Doctor Padilla. Como la llama, siempre inquieta por el saber; oscilando siempre, como la aguja imantada en presencia de su polo. Captadora de toda noción, se nutría de los conocimientos más dispares: arte y economía, ciencias morales e industrias, universidad e ingenio, letras sagradas y profanas. Inteligencia penetrante; nada escapaba a

la fina lente de su análisis. De raciocinio valiente para llevar honradamente los principios admitidos hasta las últimas consecuencias, con prescindencia de los sacrificios que ello podría traer a sus miras o provechos personales. Lamentamos enrededor la ausencia de la real cultura que nos parece, a las veces, ver sustituida por el deleznable oropel del enciclopedismo. La inteligencia del Doctor Padilla estaba construida con elementos fuertes. La filosofía le confirió la fuerza de análisis y la legitimidad de raciocinio; la cultura clásica el don de la medida y ordenamiento de la concepción y el humanismo, la sobria belleza en la expresión. Y, por encima de todo, su cabeza se iluminaba con la Verdad infalible de la Fe revelada. Ella jerarquizaba la riqueza de su sabiduría. Todo lo sabía y veía a través de ese prisma que descubre los seres en su real valor y hace que se les discierna el justo aprecio. Esa elegancia de inteligencia, como el óleo perfumado del Sacerdote Aarón, descendía, por exhuberancia, e impregnaba su persona toda. De ahí, la sapiencia y el espiritualismo que nimbaban su persona, con austero y sutil encanto, y que lo imponían a la admiración y afecto de cuantos lo trataban. Si alguien, ciertamente él, merece, "pleno jure", la alabanza tan ponderada por Montaigne de poseer "la teste bien faicte", la cabeza bien formada y no meramente instruida. Su actuación pública se inauguró por una deslumbrante epifanía de esa inteligencia exquisita. Tal fue su alegato elocuentísimo contra el proyecto de la Ley de Divorcio, el año 1902. Su retórica vibró y triunfó por su ortodoxia dogmática, por su iluminado amor patrio, fundado en el amor fuerte y tierno a la vez, por la familia, célula primera de la Nación, por el amor a Dios cuya nueva y horrenda ofensa pretendía evitar y por una especie de amor paterno universal, defensor de la legitimidad y dicha de muchos hijos. ¡Cuán parecido al Varón "Sapiente" descrito por la Biblia!...

Es insigne elogio afirmar de alguien que es "persona de corazón bien puesto". Corazón, sede de la voluntad, potencia ciega y que, para el acierto y nobleza de su vida, que es el afecto, necesita de la iluminación de la inteligencia. Entraña delicadísima, que parece sintetizar la definición de la persona. *Cor hominem facit*, reza el adagio: el corazón hace a la persona.

Acabamos de admirar la belleza moral de la inteligencia del Doctor Padilla. En vertical ilación, ella informaba toda su personalidad. Así era también su corazón.

Hace quince siglos, enseñó San Agustín: "Toda persona se identifica con aquello que ama. ¿Amas la tierra?... Pues eres tierra. ¿Amas a Dios?... Pues, ¿qué te diré? Pues, ¡eres Dios!..." Ya conocemos los ideales nobilísimos de la inteligencia del Doctor Padilla: Dios, la familia, la Patria, la ciencia, el arte y cuanta entidad participaba de la belleza de la Causa Primera. Toda esa estética moral era lección dictada a su corazón, asimilada, vivida, enseñada en torno. Desde su cuna noble, respiró el ambiente exquisito de señorío y espiritualismo que finamente modelaría su corazón hasta convertirlo en maestro. Todo su espíritu se nutría del orden sobrenatural y, en el orden humano, de cuanto la convivencia humana ofrece de honesto, amable y verdadero. Nada, pues, extraño que la tierra santa de su corazón germinase y se embelleciese con una vida afectiva pura, generosa y bienhechora. Amor de Dios hondamente fundado en las virtudes teologales; amor al prójimo, por Dios; amor abnegado al pobre, imagen de Jesucristo, según el mandato del Evangelio, y que hizo de él un *pater pauperum*, como algunos Santos de nuestra hagiografía; Amor a los suyos con entrañas de ternura y sacrificio; amor sabio a la Patria y predilección ungida por su hermosa Provincia; inclinación natural por todo lo amable, noble y constructivo; disposición espontánea al favor incondicional; corazón grande e indulgente aun para con el opositor. *Pinguis thesaurus cordis*, tesoro opulento el de su bondad. ¡Cuán parecido al del Hombre-Dios!... Inevitable, pues, que, a su luz y a su calor, las almas se estrechasen en su torno y los corazones le confiaran sus cuitas y sus pesares. *Qui non redamaret?*... ¿Cómo no amarlo?... Ese fué el secreto misterioso de su escuela y la razón que explica también nuestra presencia aquí.

Nuestro Santísimo Padre Pío XII ha dicho que, en la edad apocalíptica que estamos viviendo, "los corazones están armados". Dolorosa palabra, pero muy exacta. Esa beligerancia de los espíritus descubre, en toda su belleza y beneficencia morales, el corazón manso y generoso del doctor Padilla. Fué definido por la Bienaventuranza de la Montaña. Auguramos que su escuela se perpetúe. Nosotros que lo amamos y frecuentamos su trato aleccionador, pienso, somos los encargados de difundirla para la paz común. Sí, una vez más: como la de Moisés, la memoria del Doctor Padilla ha quedado y perdurará *in benedictione*.

Su mente que brillaba por la luz de la verdad y la clari-

videncia del talento y su corazón, de muchos quilates y contenido rico, dictaban su palabra. Mente y corazón son como el árbol de la parábola evangélica. En el Doctor Padilla, aquéllos eran buenos; necesariamente también sus frutos. Nos parece aún verlo y oírlo hablar. Su conversación era un *fluvis pacis*, cual agua mansa: recreaba, instruía, moralizaba, hacía escuela. Hablaba oración y dogma, jurisprudencia y temas familiares, ciencia de gobierno y de trabajo, historia eclesiástica, sobre todo nortea y argentina, temas múltiples, sin que faltase el delicado gracejo de señorial donaire, pero, siempre con sabiduría y con sapiencia, con la ortodoxia del criterio espiritualista, sanamente humano y eminentemente patriótico; temas de orden familiar con entrañable amor y grave ponderación de responsabilidad. Palabra de gran señor que nunca humilla y eleva siempre. ¡Don augusto el del habla!... En el doctor Padilla fué instrumento generoso de civilización, de pacificación, de mejoramiento espiritual y material, de consuelo y aun de apostolado santificador por los principios ascéticos de su formación integral. "Grand causeur", decimos en lenguaje moderno. Su conversación era cátedra de palabra sabia, de palabra artística. Como la luz toma el bello color del cristal que atraviesa, así sus ideas, al pasar por su corazón, tomaban su belleza moral de delicadeza, dignidad y afecto que daban a su hablar aquel encanto inefable, realzado por el gracioso acento y las expresiones gráficas de su Provincia. ¡Oh! y su lenguaje de amistad, regocijado, con acento convencido de lealtad obsequiosa y dadora de dicha para todo el mundo!... En su corazón, el filón de la amistad era tan profundo y tan vital, como fino su quilate. Al traducirse en palabras, se transformaba en halago y elevación espiritual para sus amigos. Elocuencia de amistad aquélla, serena, veraz y sutil, que al Doctor Padilla le franqueó el acceso, hasta la intimidad, a veces, de tantas almas. Por todo ello, lo recordamos *in benedictione*. Es merecedor también del elogio tributado al varón sabio de la Biblia: *Argentum electum lingua justí*. "Plata finísima es la palabra del justo". (Proverbios, X, 20).

La voz de los hechos es irrefutable: encumbra o abate sin remisión. Las acciones propias son el pedestal de la persona, tanto más elevado y sólido, cuanto el alma recóndita de las mismas es más espiritual. La psicología profundamente espiritualista del Doctor Padilla, por consecuencia, tenía que ser ha-

cedora fecunda de buenas obras, en las variadas palestras que fueron teatro de su actividad multiforme y siempre positiva.

Su actividad fué ascendente, como la luz y belleza de los astros. Fué el amo amoroso, preocupado por el bienestar material y moral de sus inferiores, en sus propiedades, en el ingenio, en todo el territorio de su gobierno. ¡Oh venerable Patriarca de la Quebrada! "Rumi Huasi" irradiaba amor a padres e hijos del Altiplano. Allí, vivía temporalmente el Padrino bueno y dadivoso, con tanto y tanto ahijado, a los que daba bienestar para el cuerpo y también legitimidad de nacimiento y fe cristiana para el alma. Velaba para que tuviesen pan, maestro de escuela, sacerdote y también esparcimientos. Toda su conducta era Primer Mandamiento de la Ley de Dios en acción. Fuí testigo presencial de la gratitud enternecedora y elocuente, a su manera, de aquellas buenas gentes para con su maniroto bienhechor.

La acción toda del doctor Padilla se señalaba por el relieve personal de su persona, el arte de su concepción y la entraña rica de su espíritu. El gobierno de su Provincia se inspira y realiza por el concepto preciso de la política, o sea de la ciencia moral que vela por la justa y honesta administración de la ciudad, el respeto de los derechos legítimos y la urgencia de los deberes de la ciudadanía a fin de asegurar la pacífica convivencia en la comunidad, imitando, de esa manera, a la Divina Providencia, la política perfectísima y ejemplar de todo gobierno humano. Obra de pensamiento sabio y universitario destinado a una siempre más fina cultura intelectual de nuestros maestros y juventudes; orientaciones de estudios para mayor refinamiento especulativo y docente del magisterio y de su escuela. Obra luminosa del Doctor Padilla en la cátedra; en el estrado de la magistratura con ciencia y conciencia de justicia incorruptibles; de legislador con estudio maduro, con olvido de sí mismo y amor de obras por el gobernado. Obra espiritual del Doctor Padilla en el consejo, consuelo y amonestación dados a las almas: entonces, su voz adquiriría unción de sacerdocio. Obra patriótica y cívica de este ilustre compatriota nuestro, celoso custodio de la argentinidad que tiene alma de Dios y cuño de Roma; amor sentido a este suelo bendito nuestro, a sus habitantes y a sus atávicas tradiciones; obra eminente de este Señor por la conservación intacta de la religión y señorío de sus mayores, del cristianismo y honor sin tacha de su hogar y al que consiguió conservar ileso de los esnobismos exóticos

de toda laya que pudiesen aun ligeramente empañar la transparencia de su estirpe.

Agradecemos al cielo estas sapientísimas lecciones de Dios, Hogar y Patria. El recuerdo del Maestro y de su obra nos es necesario en este momento mundial e iconoclasta de los valores del espíritu.

Al Doctor Padilla comprende también el encomio hecho por el Espíritu Santo, en el Libro de los Proverbios: *Memoria justí cum laudibus* (Proverbios X, 7). El Varón Justo siempre será recordado con alabanza.

Al cielo debo el haber morado bajo el techo de Rumi Huasi, en Maimará. En dos ocasiones, el ministerio de la predicación me condujo allá para mi lección y mi experiencia. El Doctor Padilla, en toda la prestancia de su personalidad, presidía aquella casa de piedra y de corazón cristiano y distinguidamente hospitalario. En su recinto, el Sacerdote era el huésped privilegiado. ¡Cuánta belleza moral y dicha humana!... La Esposa —¡loa sea a su memoria!...— virtuosa y señorial, completaba la perfección de aquel ambiente, escuela de virtud, de abnegación, de amor incansablemente limosnero para con el necesitado, de señorío, cultura y deliciosa amistad. En la garganta de la Quebrada de Humahuaca austera y bravía, Rumi Huasi era deleitoso paraje de paz, de perfección y bienandanza.

Esta historia, en su verdad elocuente, nos traza y define con precisión al doctor Ernesto E. Padilla. Fué *El Caballero Cristiano*: el de Fe iluminada en la inteligencia para creer firmemente en Dios y su Santa Iglesia; el de Fe sencilla en el corazón para amarlos con ternura y sumisión; el de Fe en las manos, para ajustar severamente su conducta a las exigencias terminantes de su Credo. Fué el caballero de fe convencida e intrépida para vivir su Bautismo y su Confirmación: pensaba, sentía y obraba de acuerdo a la única moral. Con esa consecuencia y consonancia de principios y conducta, venció las decadencias morales del materialismo contemporáneo. Imitó al Divino Maestro en la modestia y austeridad de su vida y en la caridad e indulgencia para con el prójimo. La santidad es irresistible, como la consecuencia legítima del silogismo. Por su ortodoxia especulativa y práctica, el Doctor Padilla se impuso a la admiración y aprecio de sus contemporáneos y, por su inagotable bondad, fué amado de todos. A la Ciudad, admiradora de su preclara existencia, enseñó cristianismo hasta su postrer aliento.

En la economía de la Redención, hay una sola manera de

morir: se muere como penitente. Este gran señor supo morir: el sayal penitente del franciscano amortajó sus venerables despojos. La Ciudad, condolida y aleccionada, le rindió su debido homenaje de admiración, de afecto y devoción.

Doctor Ernesto E. Padilla: Señor, Amigo y Maestro nuestro: Duerme a la sombra de la eterna Cruz. Como del Varón Sabiente de la Biblia, *Tu memoria y tu nombre serán impercederos* (Eclesiástico, XXXIX, 13).

Nosotros te amamos en vida. Hoy y nuevamente, oramos por tu paz eterna, en compañía de nuestra Madre Iglesia: *Para tus fieles, Señor, la vida se muda, no fenece, y, deshecha la casa de esta terrena morada, se adquiere la eterna habitación en los cielos* (Prefacio de la Misa de Difuntos).

NUEVO BANCO ITALIANO

Fundado en 1887



Nuestra organización y una extensa red de corresponsales nos permiten realizar sobre cualquier país del mundo, en las mejores condiciones de plaza, todas las operaciones bancarias relacionadas con

IMPORTACION - EXPORTACION y CAMBIOS



CASA MATRIZ
Reconquista y Rivadavia
BUENOS AIRES